

## RUSIA EN 1917

### LA ANTIRREVOLUCIÓN COMO “REVOLUCIÓN”

En octubre de 2017 hace un siglo que tuvo lugar la así llamada “*revolución socialista*” rusa. El tiempo transcurrido; su acabamiento con la patética auto-liquidación de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) en 1991; los decisivos cambios que están teniendo lugar a nivel planetario y la publicación de un buen número de estudios y balances, algunos de calidad en lo fáctico, permiten alcanzar conclusiones fiables sobre lo más determinante en esta materia, a saber, qué es una revolución y cuáles son sus contenidos, metas y procedimientos<sup>1</sup>. Porque los acontecimientos de 1917 no fueron otra cosa, en un último análisis, que una afirmación y refundación del capitalismo con nuevos ropajes, la expresión de una forma más de contrarrevolución burguesa y estatal.

El mal mayor infringido a la humanidad por la descomunal farsa de la “*revolución rusa*” ha sido desacreditar hasta lo indecible y cubrir de cieno la idea misma de revolución. De ese modo, aquélla ha hecho el mayor servicio posible al capitalismo al garantizarle un amplio periodo de estabilidad, aceptación (o por lo menos resignación) y paz social. Ha conseguido que sus oponentes y críticos actuales no encuentren las ideas necesarias para ir más allá de una actividad disidente de poco calado, aunque a veces de mucha bulla y fanfarria, sin dar el salto a lo más necesario, pensar y efectuar una negación programática y práctica de la totalidad finita del orden constituido, con el fin de avanzar hacia una sociedad sin capitalismo, por tanto, sin artefacto estatal.

Quienes elijan la revolución como tarea actual, de hoy, están obligados a sostener y probar argumentalmente que: 1) los hechos de 1917 no son una revolución sino una contrarrevolución, que no se hizo con las clases trabajadoras sino contra ellas, 2) su teoría rectora, el marxismo, es una forma peculiar de ideología burguesa, de progresismo pro-capitalista radical, de apasionamiento productivista y economicista, incluso si en alguna cuestión aislada está acertada, 3) Los resultados en Rusia fueron tan destructivos que, llegado un momento, la nueva burguesía comunista que realizó y consolidó la “*revolución*” de 1917

---

<sup>1</sup> Este asunto está tratado de forma extensa en mi libro “**La democracia y el triunfo del Estado. Por una revolución democrática, axiológica y civilizadora**”. El presente artículo es una profundización de dicho análisis, con nuevos datos, y es sobre todo un avance en la comprensión creadora de los diversos aspectos implicados, enfatizando la cuestión de la revolución por hacer en tanto que cosmovisión, proyecto y tarea. El pensamiento y el conocimiento no han de detenerse nunca, estando siempre en desarrollo y perfeccionamiento.

tuvo que prescindir de la superestructura “socialista” para instituir la Rusia actual, una potencia imperialista explícitamente capitalista en la que manda y es gran propietaria de manera perfectamente regularizada una élite descendiente de la burguesía bolchevique que llevó a efecto la inmensa parodia de hace un siglo.

### **Rusia en año 1917**

El Estado ruso, en su forma zarista, se auto-aniquiló en la I Guerra Mundial. Para 1916 poco de él quedaba en pie, de manera que no fue demasiado difícil al partido bolchevique hacerse con el poder, no para realizar una revolución sino para dar continuidad bajo nuevas formas al viejo régimen burgués y terrateniente en crisis, así como al imperialismo y nacionalismo de Rusia. El bolchevismo fue una militante agrupación de intelectuales burgueses con escaso contacto con el proletariado y casi nulo con el campesinado, que era quien constituía entonces la gran mayoría del pueblo. Su (dudoso) mérito consistió en comprender mejor que ninguna otra formación política el vacío de poder que se había creado desde el año citado, al parecer la gran mayoría de la juventud de las clases pudientes y mandantes en las trincheras, luchando contra los Imperios Centrales durante la guerra iniciada en 1914.

Los bolcheviques se atrevieron a lanzarse a la reconstrucción del Estado porque la intelectualidad burguesa que los formaba ansiaba todo el poder de mandar y toda la propiedad para sí, a fin de convertirse en nueva burguesía y nuevo aparato estatal: eso les diferenció del resto de los partidos entonces existentes, y les otorgó la victoria. Para ello se constituyeron en descomunal aparato gobernante de violencia y guerra que se ampliaba cada día, al reclutar a nuevos soldados, nuevos policías, nuevos carceleros y nuevos verdugos, sin por ello descuidar el trabajo de propaganda y aleccionamiento, pues el terror sin límites más el adoctrinamiento, también sin límites, fueron las dos herramientas de que se sirvieron los comunistas rusos para erigir un nuevo Estado ruso hipertrófico y refundar el capitalismo de sus sueños, delirantemente mega-eficaz, perfecto y total. En el caos social mayúsculo constituido en Rusia a partir de 1916 se alzaron como vencedores.

Durante la guerra civil rusa de 1918-1922 todos lucharon contra todos. Los blancos fueron la fuerza armada del viejo régimen, del senil capitalismo zarista, y los comunistas la del nuevo capitalismo, que como se ha expuesto pretendía ser hiper-capitalismo. En oposición a unos y otros estaban las clases trabajadoras, en particular las rurales, que eran las que aportaban la mayor parte de los soldados del ejército, en desintegración. Mientras, el proletariado industrial se mantuvo semi-pasivo, atento a alcanzar ventajas y mejoras materiales, consumistas, como ha hecho y hace siempre la clase obrera industrial y de servicios,

por su condición de masa neo-esclava mutilada por el régimen salarial y escasamente capaz de elevarse a lo trascendente.

Aunque muy confusa e inconsecuentemente, desde 1916 los sectores avanzados y más conscientes de las clases trabajadoras, en particular las agrarias, deseaban intuitivamente una transformación completa, revolucionaria del orden social. Tales aspiraciones primero fueron manipuladas y luego sangrientamente reprimidas por los bolcheviques. También los contrarrevolucionarios zaristas, los blancos lo hicieron, pero con mucha menos efectividad y logros. Las gentes modestas, violentadas y agredidas por unos y por otros, resultaron ser las verdaderas perdedoras. En 1922 los bolcheviques quedan militarmente vencedores sobre los blancos y sobre el pueblo/pueblos, aunque en estos últimos encontrarán una resistencia enorme que nunca lograrían domeñar del todo.

Los comunistas rusos fueron la antirrevolución más eficaz durante esos años en los territorios sometidos al Estado ruso, la que sobre todo aplastó a la revolución popular en dubitativo y confuso desarrollo.

Antes de continuar es necesario exponer la noción marxista de capitalismo perfecto, capitalismo mágico o capitalismo idealizado al que, para simplificar, en el presente texto se conceptúa de hiper-capitalismo. Su origen está en la lapidara expresión del **“Manifiesto del Partido Comunista”**, obra de Marx y Engels, 1848, *“la burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario”*. Con una comprensión escolar, rudimentaria, de la historia y del presente pero con muchísimo desparpajo y desenvoltura, esos dos autores asientan el axioma fundacional, la naturaleza “revolucionaria” de la burguesía, así pues, del capitalismo. Arguyen que el desarrollo económico y tecnológico promovido por él implantará necesariamente una nueva sociedad, que será muy superior a las del pasado. Claro que, llegado a un punto, añaden, el capitalismo se enreda en sus contradicciones internas y se hace regresivo, arrastrando al abismo a la sociedad toda. De esta situación sacará a la humanidad la nueva clase revolucionaria, o de recambio, el proletariado, pero no el proletariado realmente existente sino la *“vanguardia del proletariado”*, es decir, la casta intelectual superlativamente codiciosa y ávida de poder que se organiza en base al marxismo. Ésta sólo podía cumplir con su función “redentora” si continuaba la obra “revolucionaria” del capital, si establecía un renovado capitalismo supuestamente sin capitalistas, un innovador orden burgués pretendidamente sin burguesía. El camino de avance de la humanidad era uno y el mismo, adujeron, un tramo lo recorrería la burguesía y otro la clase obrera, o más precisamente, el partido de la clase obrera que la representa, para lo cual éste ha de hacerse con la totalidad de la soberanía, la autoridad y el mando.

No comprendieron que los caminos de la burguesía y de las clases populares no pueden ser los mismo sino diferentes, antagónicos y otros cualitativamente. El capitalismo sin burguesía de la teoría bolchevique crea su propia burguesía de inmediato, que es el partido comunista. En cuanto éste, con la toma del poder de 1917, se hace propietario de los medios de producción y cambio se transmuta en la nueva clase burguesa. La propiedad de los factores productivos tendría que haber sido de la clase obrera y del campesinado, no del partido: sólo así podría haberse constituido un orden socialista.

Un texto de Marx encomiástico del economicismo, productivismo y desarrollismo más vehementes es **“Crítica del Programa de Gota”**, 1875, donde la abundancia material es equiparada al supremo bien, lo que equivale a sostener y a convertir en piedra angular de la estrategia comunista el principio número uno del ideario burgués, que la riqueza es el todo. A partir de ahí resultan las sociedades capitalistas construidas por los comunistas, aunque en una versión extrema. Y precisamente por ello se hacen disfuncionales e inviables, pues generan muchísimos daños colaterales, costes ocultos y catástrofes por desmesura, de manera que alcanzado un punto han de retornar a ser burguesas de una manera habitual, prosaica, sin idealización: de ahí el desarticular la pantomima de socialismo en 1991 en Rusia.

El marxismo está, así pues, penetrado de una fascinación crédula, beata, religiosa por el capitalismo, por su supuesta eficacia económica, organizativa y técnica aplicada a todas las esferas de la vida, con la productividad del trabajo elevándose día a día... Ciertamente, todo esto es una ficción, una idealización, pues ningún capitalismo ni el habitual o vulgar ni el maravilloso y fantaseado que el marxismo propone (al que denomina “socialismo” y “comunismo”) puede conseguir tales metas. En verdad, no lo puede (ni debe) hacer ningún régimen político ni ningún modo de producción, pero tal es la concepción mesiánica de Marx, el logro de una abundancia material... imposible. E indeseable.

Ese embeleso irracional con el régimen burgués se manifiesta asimismo en uno de los escritos tempranos de V.I. Lenin, **“El desarrollo del capitalismo en Rusia”**, 1899. El primer teórico del marxismo ruso celebra los progresos del capitalismo como modo de producción en Rusia, con la convicción de que ello constituiría un orden social celestial, milagrero. Su argumentario es que el capital en desenvolvimiento ha de sentar las bases económicas del socialismo y el comunismo, de manera que la vanguardia proletaria (él y su grupo) crearía una sociedad perfecta y eterna a partir del capitalismo y con el capitalismo, siempre que éste adoptara una forma nueva. En el texto de Lenin hay además una ingente carga de nacionalismo ruso, un dolor emocional extraordinario por el “atraso” de Rusia, que se hace vehemente esperanza en que un gran salto delante de la economía y la tecnología permitirán a su país, a su patria, elevarse a primera potencia

mundial. Este frenesí chovinista, patriotero y nacionalista fue ocultado, cómo no, con la retórica embustera acerca del “*internacionalismo*”, con la aserción sobre que “*los obreros no tienen patria*”, negada por los comunistas rusos con su actuar en cada momento, como fervientes nacionalistas rusos que eran.

Lenin, en su libro antes citado, rechaza el punto de vista de Carlos Marx sobre Rusia, enunciada en el “**Proyecto de respuesta a la carta de V.I. Zasluch**”, de 1881, escrito dos años antes de su fallecimiento. En él, dando un giro substancial a las formulaciones que había ido plasmando desde su juventud, encuentra en el orden campesino ruso tradicional, pre-capitalista, no productivista y ajeno a la técnica moderna, la matriz y el fundamento de una sociedad socialista auténtica en aquel país. Lenin y los comunistas rusos en el poder no sólo ignoraron esas recomendaciones del que tenían por su “maestro” sino que hicieron lo contrario a lo que proponía en aquel sugestivo escrito, destruir a sangre y fuego dicha organización campesina con la “colectivización” de 1929-1933<sup>2</sup>.

Marx, con ese tardío cambio de posición, se refuta a sí mismo, impugna el marxismo. No hace falta subrayar que en ese conflicto antagónico al final de su vida con la teoría marxista, la razón y la verdad estaban de su lado, aunque la comprensión que tenía de la sociedad rural rusa fuese superficial y en cierta medida equivocada, pues una vez más se lanzó a argumentar y a definirse sobre lo que conocía imperfectamente, porque lo había estudiado con escaso esfuerzo. Sea como fuere, los comunistas rusos se posicionaron a favor del marxismo y en contra del último Marx, cuando éste, al parecer, recuperó la conciencia y comprendió, o quizá sólo intuyó, que sus tan ridículas como monstruosas entelequias modernizadoras y tecnoentusiastas no eran aptas para derrotar y superar a la sociedad

---

<sup>2</sup> El “padre” del marxismo ruso fue Gueorgui Plejanov (1865-1918), hoy olvidado pero en los decenios anteriores a 1917 muy leído. Lenin le admiró por un tiempo y luego se enfrentó a él, en una de esas tormentosas peleas tan propias del doctrinarismo militante. Plejanov, bajo la apariencia de ortodoxia marxista, revisó alguno de los elementos sustanciales de esa doctrina, a la vez que afirmaba sus partes más negativas. En “**Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la historia**” se opone solapadamente a la dialéctica hegeliana, supuestamente cardinal en Marx, retornando a la lógica formal aristotélica, lo que se manifestaría como rigidez, abstracción y atemporalidad, como incapacidad para considerar a los contrarios en su unidad y lucha en la cosa. Y en efecto, el bolchevismo estuvo impregnado de tosca y caduca gnoseología aristotélica. En “**El papel del individuo en la historia**” refuerza el determinismo y fatalismo mecanicistas del marxismo, así como su incompreensión de la función de la persona en el cambio social, con negación sofística de las diversas manifestaciones de la libertad individual. Para comprender el sistema de ideas de Plejanov hay que acudir a la historia y al presente de Rusia, moldeado por el credo de la iglesia ortodoxa, en tanto que herencia de Bizancio, y por unas estructuras sociales inamovibles, autoritarias, en las cuales el individuo es una nada sacrificada a los intereses y necesidades del Estado. Es de ahí, mucho más que de los escritos de Marx, de donde Plejanov extrae su ideario, luego admitido por el bolchevismo. Esto muestra que la herencia cultural y la trama institucional poseen una fuerza colosal y tienen un elevado nivel de continuidad. Del mismo modo, los bolcheviques, nacionalistas rusos agobiados por el supuesto “atraso” económico, tecnológico y administrativo de Rusia, ni siquiera podían comprender las loas del último Marx al campesinado ruso, para ellos una despreciada masa retrógrada que tenía que desaparecer (hecha desaparecer) cuanto antes. Por eso ni siquiera criticaron dicha formulación: la ignoraron. Es paradójico que los comunistas rusos, que se tenían por la vanguardia de la modernidad más rompedora, a fin de cuentas fueran poco más que rusos ortodoxos y patrioteros teñidos de ateísmo, lo que otorga la razón a la dialéctica, uno de cuyos postulados es la unidad (y la lucha) de los opuestos.

burguesa. Esto requería de otras herramientas, la axiología, la moralidad, la convivencia, la libertad, la voluntad de bien... Ello no podía ser admitido por el partido bolchevique, que deseaba una Rusia industrial, tecnologizada, opulenta en lo económico e invencible en lo militar, es decir, imperial, lo que la Unión Soviética fue hasta quedar vencida en la guerra fría por su rival imperialista, EEUU.

### **La Unión Soviética**

El nuevo Estado bolchevique fue, en puridad, una mega-máquina de violencia y de acumulación privada -clasista- de riqueza, sobre todo a través de un sistema tributario implacable, a menudo sustentado en la extorsión directa armada. Los soviets, en teoría asambleas proletarias y populares gubernativas, actuaron como un apéndice del partido comunista, que a su vez conformaba la estructura estatal. El sistema político era sin libertad, ni real ni siquiera formal, de modo que no había nada de autonomía de la persona ni de participación de la gente común en el gobierno de la sociedad ni de libertad civil. La soberanía política y jurídica residía en el bloque partido-policía-ejército, no en el pueblo. El individuo estaba inerte ante el poder estatal, que podía hacer con él lo que le viniera en gana, confiscarle sus bienes, encarcelarle, deportarle, violarle, torturarlo, matarlo. El Estado era todo y la persona nada. Ni siquiera era respetada la legalidad promulgada, por lo que se malvivía en un régimen de inseguridad jurídica que atemorizaba y paralizaba.

El elitismo, que se hace clasismo, de los comunistas rusos arranca del ideario dictatorial de la Ilustración, *“todo para el pueblo pero sin el pueblo”*, que pronto fue transformado por ellos en *“todo para el pueblo pero contra el pueblo”*, pues es exacta la idea de que el bolchevismo declaró la guerra *“a su propio pueblo”*. Éste se adscribe a la disquisición burguesa sobre la representación política, propia del sistema parlamentarista. Por eso aduce que, en tanto que partido, *“representa”* a la clase obrera, siendo su vanguardia, del mismo modo que concebía a los otros partidos políticos actuantes como *“representantes”* de esta o la otra clase social. La politología sobre la representación política es la justificación de la dictadura propia del sistema parlamentarista liberal, pues el pensamiento democrático rechaza toda representación, advirtiendo que el poder se ejerce directamente y los hace la totalidad de la población, sin delegacionismo. El bolchevismo establece el poder de una élite, del partido, que dice obrar *“en nombre de la clase obrera”* y que es, por tanto, un poder tiránico neo-burgués. Los soviets que emergen como una creación espontánea, popular, de naturaleza asamblearia y revolucionaria en 1916 fueron manipulados y adulterados, además de reprimidos, por los bolcheviques que no podían admitir una concepción de la soberanía y el poder directamente democrática, no representativa, en la que es toda la

población (no una vanguardia iluminada y redentorista) gobierna, se autogobierna.

Por consiguiente, también en el ámbito de la política y no sólo de la economía, los bolcheviques fueron una fuerza política que se sirvió del ideario de la burguesía, aunque de modo muy peculiar. Lo hicieron porque eran burguesía de nuevo tipo.

El cercenamiento extremo de la iniciativa y creatividad individual y grupal en todos los aspectos de la vida de la sociedad soviética conformó personas que únicamente se ponían en marcha, si es que lo hacían, cuando recibían órdenes, y si tenían tras de sí un sistema complejo (y caro) de vigilancia, control y constricción, además de un aparato propagandístico descomunal. La vehemente negación de la libertad del individuo en todas sus formas por el poder soviético originó parálisis, torpor y estancamiento, abulia, galbana y desgana universales, que se quiso solventar acudiendo al terror como factor impelente y dinamizador, aunque la combinación de ausencia absoluta de autonomía de la persona más la vivencia cotidiana del pánico a ser detenido, torturado, violado, fusilado, hecho desaparecer, etc., culminó en un empeoramiento colosal del conjunto de la vida colectiva e individual. Eso se hizo todavía más grave cuando la actividad social fue recayendo en las generaciones “educadas” (deformadas y desestructuradas) por el régimen soviético, moldeadas como seres nada superlativamente embotados, indiferentes, letárgicos, resignados, manejables, autistas, carentes de personalidad propia, a partir de principios de los años 60.

La URSS llegó a tener un problema extremadamente grave por el dramático declive de la calidad media de la persona común, que ella misma había ocasionado. Así de graves fueron las contradicciones internas que el comunismo ruso fue induciendo objetivamente en la sociedad que con tanta fiereza dominó.

En efecto, la violencia se hizo el elemento dinamizador número uno de la nueva estructura social, practicada por un aparato policial asombrosamente numeroso y omnipotente, que disfrutaba de exorbitantes privilegios materiales, pues un policía de base gozaba de unos emolumentos diez veces superiores al salario de un trabajador, lo que hacía de él, en una sociedad marcada por la pobreza y la escasez crónicas, un adinerado bribón dispuesto a cometer cualquier iniquidad y no importaba qué crímenes. Todos los asuntos y problemas se trataban y “resolvían” con el recurso a la fuerza física, por la aplicación ilimitada del terror estatal. Así se constituyó un estado universal de miedo cerval, de pánico generalizado, que hacía que las gentes cumplieran, mal que bien y peor que mejor, con las obligaciones que el Estado “socialista” les iba imponiendo<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> La verdadera naturaleza, su función y finalidad, del extremado terrorismo de Estado instaurado por el partido comunista ruso en el poder no suele ser comprendida por los estudiosos e historiadores. Una

Causa horror comprobar que la tortura, a menudo tan feroz que ocasionaba la muerte de quienes la padecían, fuese admitida por todos. Los que quedaban vencedores en las feroces pendencias internas del partido comunista se la hacían padecer a sus adversarios, y quienes resultaban perdedores aceptaban como algo de sentido común que iban a ser torturados, en bastantes ocasiones hasta su fallecimiento<sup>4</sup>. Un orden social donde eso acontece es un infierno realizado sobre la tierra. La cosa fue tan tremenda que bajo el mandato del jefe del NKVD (la policía política soviética) durante un tiempo, G. Yagoda, se redactó un manual sobre la manera más efectiva de torturar...

Los comunistas rusos malinterpretaron y sacaron de quicio el significado de la violencia en la historia y en las sociedades del presente, tanto como la noción de dictadura del proletariado, que Marx utilizó unas cuantas veces, si bien con un significado ajeno al militarismo y saña sanguinaria con que la comprendieron los bolcheviques. Sobre lo primero conviene enfatizar que la violencia tiene

---

muestra de eso es el libro de J. Arch Getty y Oleg V. Naumov “**La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939**”. Achacar a ese dirigente comunista toda la responsabilidad es negar la evidencia, pues fue él, en efecto, pero también docenas de miles más quienes demandaron y practicaron el terror. Los que “condenaron” a Stalin en el XX congreso del partido, en 1956, habían estado tan implicados como él en las matanzas. Durante un tiempo la violencia institucional masiva fue imprescindible para asegurar el asentamiento en el poder del nuevo Estado y la nueva burguesía. Luego, llegado un momento, se hizo contraproducente en una versión tan extrema y extendida pues, literalmente, trituraba al cuerpo social, reduciendo a las personas a un estado tal de temor, estupor, indiferencia, depresión, abulia, parálisis y nihilismo que le ponía el peligro incluso el funcionamiento mínimo. Debido a ello, desde la segunda mitad de los años 50 disminuyó su intensidad y cambió de procedimientos, sin dejar de existir y estar omnipresente. La Unión Soviética fue el Estado del siglo XX que más lejos llevó el terrorismo de Estado, más que los nazis y el franquismo, lo que se demuestra acudiendo a datos como el de policías por 100.000 habitantes, número de asesinados y represaliados como porcentaje de la población, uso universal y rutinario de la tortura, etc. Por eso (y, sobre todo, por la naturaleza del poder soviético) la URSS fue el peor y más terrorífico régimen fascista (fascista de izquierdas, se entiende) de esa centuria.

<sup>4</sup> En el libro “**El siglo soviético ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?**” Moshe Lewin se esfuerza en salvar lo salvable del experimento marxista en Rusia, con el argumento de que llevar las críticas demasiado lejos favorece al capitalismo actual... Ofrece sus datos de la represión entre 1921 y 1953, concluyendo que resultaron condenadas a muerte 800.000 personas, en números redondos, a la vez que 2,6 millones fueron enviadas a campos de prisioneros por motivos políticos. Lewin ignora un hecho bien documentado, la omnipresencia de la tortura. Así pues, los condenados a muerte y ejecutados son sólo una fracción de los que realmente perecieron, una fracción afortunada pues morían por fusilamiento y no por causa de tormentos, tras un sufrimiento indecible. Es imposible calcular su número (al ser presentados oficialmente como fallecidos por “causas naturales” mientras estaban detenidos) pero se conocen tantos casos concretos que no hay duda de que fueron muchísimos. Ciertamente, lo que más favorece hoy al capitalismo es seguir presentado a la Unión Soviética como “socialista”, y los hechos de octubre de 1917 como una revolución. En el libro de S. S. Montefiore, citado más adelante, se lee que “*muchos prisioneros eran golpeados con tanta violencia que literalmente les sacaban los ojos. Por regla general eran golpeados hasta la muerte, eventualidad que era registrada como ataque al corazón*”. Las torturas, además, en ocasiones volvían locas a quienes las padecían. Se solía asesinar asimismo a familiares de los detenidos, ajenos a toda actividad política, generalmente por medio de atrocidades espeluznantes llevada hasta el final. También eran numerosas las desapariciones, personas capturadas por la policía política a las que nunca más se volvía a ver. La conclusión es que los datos que ofrece Lewin sobre el número de víctimas mortales del terror practicado por el neo-capitalismo comunista ruso resulta ser notablemente inferior a la realidad. Es probable que hubiera tantos ejecutados extrajudicialmente como los que lo fueron por mandato judicial, lo que dobla el número de los muertos. Eso sin tener en cuenta las carnicerías efectuadas por el poder comunista ruso en Polonia (22.000 polacos fueron matados en Katyn, el año 1940, siendo ésa un holocausto entre otros muchos, dirigidas a exterminar al pueblo polaco), Ucrania, los países bálticos, etc. Si tenemos en cuenta las hecatombes realizadas contra otros pueblos y en otros países los datos que ofrece Lewin son una fracción pequeña del total.

su lugar en la historia y la vida social, por tanto, su sentido y pertinencia, pero que debe ser concebida como mínima, la menor necesaria, parte de un todo ordenado y coherente, ejercida por el pueblo, o pueblos, en defensa de la libertad, destinada a abrir caminos removiendo obstáculos mucho más que como procedimiento para la construcción de lo nuevo y sometida a severas restricciones de naturaleza moral y jurídica. Eso diferencia la violencia justa de la injusta. Los bolcheviques no entendieron de ese modo el asunto, haciendo de la violencia un máximo, el todo, ejercida por ellos y no por el pueblo, con virtualidades principalmente constructivas en la intención y sin limitaciones de naturaleza moral y legal. En conclusión, fueron unos belicistas extremados contra su propio pueblo, unos fanáticos del Estado policial-militar, tanto que el régimen que fundaron llegó a ser víctima de su militarismo. En esto también se equivocaron.

La noción de dictadura del proletariado, según aparece en los escritos de Marx, es más una metáfora que la enunciación de una idea bien asentada, y desarrollada con algún rigor. Se reduce a señalar que del mismo modo que el capitalismo es la dictadura, también política y jurídica, de la burguesía (lo que es parcialmente exacto, pues existe el Estado, que es por sí, anterior a la burguesía y causa eficiente de la existencia de ésta), la conversión de la clase obrera en fuerza gobernante ha de adoptar la forma de poder político, de dictadura por tanto. Marx nunca dijo que aquella debería manifestarse como negación de la libertad al proletariado, también porque la dictadura de la burguesa es, efectivamente, la mejor expresión de su libertad como clase. Pero los comunistas rusos interpretaron la cuestión torticeramente, para justificar su tiranía como partido político, llegado al poder por la conjunción casual de diversos acontecimientos favorables y mantenidos en él por el ejercicio de una violencia estatal que se dirigía, principalmente, contra la clase trabajadora, sobre todo la rural. En suma, el poder del proletariado tendría que existir en la forma de, ante todo, libertad para el proletariado, y eso jamás lo hubo en la URSS.

La actividad productiva dependía también de la violencia institucionalizada, es decir, el capitalismo intencionalmente perfecto o hiper-capitalismo que los comunistas rusos deseaban construir, tuvo como elemento motor la coerción ilimitada y la fuerza física extrema. De ese modo esperaban obtener resultados económicos espectaculares en la centésima parte del tiempo, o menos, que el capitalismo aparentemente imperfecto, o común, había necesitado, logrando una industrialización plena y arrasadora, como se dice vulgarmente, a uña de caballo. Con ello, supuestamente, Rusia alcanzaría y sobrepasaría a las potencias imperialistas occidentales en unos pocos años, constituyéndose como poder imperial número uno.

El hábito de la coacción sin límites y la violencia homicida como instrumento cotidiano de gobierno dominó la totalidad de la vida social.

Por eso los debates internos y las disputas facciosas por la distribución del poder dentro del partido bolchevique culminaban en pavorosas matanzas, en las que la parte perdedora era encarcelada, torturada y asesinada por la vencedora. Y eso sucedía una y otra vez. Todo ello muestra y mide el colosal grado de deshumanización del comunismo ruso, así como de su ideología rectora, el marxismo, para la cual la confianza en lo humano y la entrega a su realización integral son tildadas de “*sentimentalismo pequeño-burgués*”. Esa concepción deshumanizada le apartó de lo mejor de las clases populares, y le impidió ganarse a sectores decisivos de la gente modesta, que contemplaba con firme desaprobación ética, aunque a menudo silenciosa por el temor, las brutalidades y malfetrías que los comunistas realizaban a diario, lo que es descrito con realismo en la novela “**Doctor Zhivago**”, de Boris Pasternak.

Los campesinos, que se habían apoderado de una parte decisiva de las tierras y propiedades de los terratenientes y del Estado zarista en los años 1916-1920 y que realizaron una revolución agraria, entraron poco después en conflicto con el Estado de la nueva burguesía comunista. Éste no podía admitir la autonomía del campesinado y, además, necesitaba superexplotarlo para financiar la industrialización, abastecer a las ciudades de alimentos a precios reducidos y adquirir equipo militar en el exterior. Tal fue la causa de la genocida “colectivización” de los años 1929 a 1932. En ella se pone en evidencia la naturaleza vulgarmente capitalista del nuevo orden, pues en este asunto se sirvió de idénticos procedimientos (aunque aplicados con mucha más virulencia y celeridad) que el resto de los países capitalistas. Aquí el liberalismo desde 1812, y luego el franquismo, hicieron algo muy similar en sus fines y contenidos aunque con mucha menos violencia y resultados bastante mejores y más duraderos...

La meta del aparato estatal comunista fue establecer el control y dominio absolutos del nuevo Estado en el campo. Con ello esperaba poder extraer enormes cantidades de cereal del agro, una buena parte para la exportación, lo que había realizado el zarismo desde hacía más de un siglo. La única novedad fue que las cantidades expoliadas y luego vendidas en el mercado mundial eran muy superiores a las de antaño, y que tan colosal saqueo se hacía por procedimientos directamente policiales y militares, enviando al campo columnas armadas que se apoderaban de las cosechas así como de todo lo que podían hallar que tuviera valor, y que detenían, torturaban y asesinaban, o en el mejor de los casos deportaban, a quienes se les oponían o meramente no colaboraban.

Una consecuencia fue el hambre, que mató entre cuatro y cinco millones de personas en las zonas agrarias en los años 1932-1933, aunque algún estudio eleva a diez millones las víctimas mortales del contrarracional experimento “colectivizador”. Otra fue la guerra civil crónica, pues la gente rural se defendió. Provocar una hambruna

masiva fue, además, un procedimiento friamente planeado para someter y aplastar al campesinado, que así se vio en una situación límite, terrible. El nuevo capitalismo comunista agravó al máximo la contradicción entre el campo y la ciudad, al sustraer los alimentos al primero para abastecer a la segunda, que no conoció el hambre en aquellos años debido al descomunal expolio de la ruralidad. Esto muestra también que la principal diferencia existente entre el capitalismo bolchevique y el capitalismo clásico, o vulgar, es que el primero llevó hasta sus últimas consecuencias las líneas de actuación del segundo, para lograr, al menos en la intención, los mismos resultados, si bien deseando que fueran cuantitativamente muy superiores y alcanzados en mucho menos tiempo. De ahí que sea apropiado hablar de hiper-capitalismo comunista, aunque fallido.

Tal estrategia, ciertamente, no fue efectiva. La “colectivización” constituyó un régimen agrario aberrante, que nunca funcionó, al sustentarse en una coerción tan extrema de la mano de obra campesina que ésta respondió con una formidable resistencia pasiva y apatía laboral, con un desentenderse, una no-colaboración y un sabotaje perpetuos, que mantuvo los rendimientos bajos, incluso cuando se efectuó la mecanización de la agricultura. Todo ello provocó una escasez crónica de alimentos y materias primas, que devino en una de las causas mayores del desmoronamiento de la URSS andando los años. Manejar la agricultura por medio de la coerción extraeconómica fue un traspiés colosal de los comunistas rusos, que pone de manifiesto sus limitadas capacidades intelectuales (por no hablar de las morales), a pesar de que se tenían por oráculos infalibles al servirse de *“la ciencia del marxismo-leninismo”*.

El expolio y aniquilación del campesinado, realizado tras imponer sobre él una dictadura omnímoda del Estado, forma parte del proceso modernizador que en todos los países lleva al capitalismo y lo realiza. Marx lo describe en **“El Capital”** para el caso de Inglaterra a partir del siglo XVI, en Francia lo efectúa la revolución francesa, en España es integrante decisivo de la revolución liberal, así como de su antecedente, el régimen de la Ilustración, y tras la II Guerra Mundial la Comunidad Europea destina lo principal de sus recursos monetarios y poder coercitivo jurídico-legal al control del campesinado, de donde proviene la funesta PAC (Política Agraria Común), actualmente implementada. En efecto, el Tratado de Roma de 1957 hace del dominio del agro uno de sus designios fundamentales, como lo prueba que la mayor parte de su presupuesto se destinase a esa tarea. Es sustantivo que el Estado español haya necesitado más de 200 años para lograr la dominación del campo (lo que ha llevado a su destrucción de facto, actualmente evidente) con la desamortización civil y el resto de las medidas por él establecidas tiránicamente, mientras que el Estado bolchevique desease conseguirlo en 4 años (1929-1932)... Para eso tenía que multiplicar por mil la constricción, la violencia, el terror, el derramamiento de sangre, el hambre.

La política agraria de los comunistas rusos anuló de facto, en buena medida, la emancipación de los siervos rusos, realizada en 1861, pues devolvió a las gentes de la ruralidad a una situación renovada de servidumbre, a un régimen de neo-servidumbre en bastantes aspectos peor que el antiguo. Si la emancipación de 1861 fue realizada para favorecer el desarrollo económico y la industrialización, la nueva sobreopresión introducida por los bolcheviques devino un elemento retardatario y negativo para el proceso de industrialización que pretendían efectuar, lo que intentaron superar con un uso al por mayor de lo único en que eran realmente unos virtuosos, la violencia contra las masas. Causa estupor que tales verdades elementales fueran incomprendidas por la elite bolchevique, que se jactaba de ser docta como nadie en asuntos económicos. La operación “colectivizadora” fue tan desatinada (y vandálica) que hoy persisten sus efecto económico, en primer lugar la baja productividad del agro ruso. La absoluta incompreensión por el marxismo de la noción y la categoría de libertad está en la base de tan espeluznantes desatinos.

La antirrevolución de 1917 constituyó un capitalismo de Estado que abarcaba a todas las ramas de la industria, las finanzas y los servicios, y desde 1932, la agricultura. Las formas principales de la explotación de los trabajadores fueron la extracción directa de plusvalía en el puesto de trabajo y el régimen tributario. Aunque la nueva burguesía no aparecía como formalmente propietaria de los medios de producción lo era de facto, en el quehacer económico diario, y de manera absoluta, pues dirigía al cien por cien el proceso productivo, tomaba todas las decisiones y se apropiaba de la totalidad del plusproducto, de la riqueza generada. El régimen salarial se mantuvo, empeorado además, pues la naturaleza militarista del orden comunista hizo que adoptase rasgos esclavistas, lo que ocasionó su degeneración por regresión.

Otra prueba de la naturaleza prosaicamente capitalista del régimen fue que la planificación de la economía la copiaron los bolcheviques del plan productivo nacional elaborado por el Estado Mayor alemán en la I Guerra Mundial, lo que es otro dato más que reafirma la conclusión sobre que el comunismo ruso fue una forma de militarismo, y por ello de capitalismo. No hace falta argüir que eso no tiene nada de socialista, pues se reduce a conformar un capitalismo dirigido por el Estado más rigurosamente de lo habitual, aunque los planes quinquenales soviéticos eran sobre todo vanilocuencia publicitaria y solían incumplirse, al no lograr someter a su dictamen al cien por cien a las leyes básicas objetivas del beneficio, el dinero y el mercado, por más distorsionado que estuviera este último en tales circunstancias. La planificación económica sirvió sobre todo como arma propagandística, para hacer creer a las gentes dentro y fuera de la URSS que los bolcheviques “dominaban” la actividad productiva y podían conseguir que ésta quedase libre de crisis cíclica y antagonismos

retardatarios, desenvolviéndose exitosamente, logrando un crecimiento continuado elevado... Cuando esa prodigiosa trola se desintegró por choque con la realidad, a partir de los años 60, en la “*etapa del estancamiento (económico)*”, el régimen comunista se encontró desprovisto de una parte sustantiva de su argumentario justificativo.

Se ha de tener en cuenta que el éxito mundial del credo comunista, que se dio y fue muy real hasta los hechos de Hungría en 1956, se sustentó en la perversa esperanza de que fuera capaz de constituir un orden económico de máxima producción y máximo consumo. Que eso sea imposible, también por razones físicas, al vivir en un planeta finito, lo que ya fue señalado por Simone Weil el año 1934 (en “**Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social**”), no arredró a los seguidores de tan fúnebre chifladura. Nótese que ésta es rematadamente burguesa, extraída del arsenal de ofertas demagógicas efectuadas por la revolución liberal, destinadas a dotarse de una base de masas, de donde la toma Marx, quien también en esto pone en evidencia su escasa originalidad y creatividad intelectual. Quienes desean “la revolución” para consumir más, para vivir plenamente como cerdos, y no para ser mejores, en lo intelectual, convivencial y moral, se merecen el tristísimo final que ha tenido el marxismo y sus derivaciones.

El uso demagógico de la codicia, del deseo de riquezas y bienestar material, como argumento reclutador y movilizador, descalifica a Marx. Es más, le presenta como realmente es, un adocenado burgués habilísimo en el enmascaramiento y el camuflaje, en el error, el embeleco y la demagogia.

Los trabajadores en la Unión Soviética eran nada más que fuerza laboral y mano de obra, sin participar lo más mínimo en las tareas de dirección y gestión, con unos salarios que les mantenían en un estado de pobreza. Si elevaban la voz para protestar o, mucho más, si efectuaban paros o huelgas (lo que sucedía a menudo) eran reprimidos con gran dureza por el “*Estado del proletariado*”, y si se les calificaba de, por ejemplo, “*saboteadores contrarrevolucionarios*” tenían asegurada la tortura y, en caso de sobrevivir a ella, el tiro en la nuca o el pelotón de fusilamiento. Sometidos a jornadas interminables de trabajo, con unas condiciones laborales pésimas y unos sueldos míseros, carentes de cualquier libertad política, civil y de conciencia, y continuamente aleccionados, se fueron refugiando en el alcohol barato, lo que ocasionó un grave problema, a la vez económico, social, laboral, relacional y médico, que se hizo perentorio en el fracaso de la Unión Soviética.

Como consecuencia, el trabajo se degradó más y más en Rusia. El hiper-capitalismo comunista se enamoró de la “*organización científica del trabajo*” preconizada por F. Taylor y sus discípulos, dirigida a anular la autonomía al trabajador en el acto productivo, con el propósito de maximizar la dictadura del empresario, hacer ejecutar

sus órdenes con rigurosidad y elevar el grado de explotación. Lenin llegó tan lejos en su distopía liberticida y deshumanizadora que advirtió arrogantemente en 1918 que *“la tarea que el gobierno soviético debe cumplir en toda su amplitud (sic) es enseñar a trabajar”*. Es decir, el obrero ¡no sabía trabajar! y era el régimen comunista, integrado por intelectuales burgueses palabreros, parasitarios y abusadores, quien debían enseñarle a hacerlo, ¿Cómo?, aplicando el taylorismo en sus versiones más rotundas y dolorosas, más mutiladores de la personalidad y capacidades del trabajador<sup>5</sup>.

De ahí resultó otro de los extravíos del “socialismo” soviético, el movimiento estajanovista que, de 1935 en adelante, se propuso elevar la productividad del trabajo en la URSS. Su fundamento era, según se ha dicho, la aplicación de las deletéreas formulaciones de Taylor y los suyos. El balance es que los resultados económicos fueron insignificantes, cuando no negativos (desorganizó la producción sin llegar a constituirse en práctica estable y consolidada), debido sobre todo al boicot de la gran mayoría de los proletarios. Pero se convirtió en un elemento más para sepultar a la clase trabajadora industrial de Rusia en el infierno del salariado. La dictadura de la nueva burguesía dentro de la empresa se reforzó, en efecto, sin que eso mostrase ninguna mejora productiva perceptible, como suele ser habitual, pues el taylorismo lo que pretende es expandir el poder del capitalista y sus agentes en el centro de trabajo, y sólo secundariamente incrementar los rendimientos, algo poco habitual.

El hiper-capitalismo soviético quiso realizar el sueño de todos los empresarios del planeta, someter a los trabajadores a *“la organización científica del trabajo”*, lo que la burguesía occidental no lograba, salvo de manera parcial y ocasional, por la fortísima resistencia que ofrecía el proletariado. Esto prueba, asimismo, cuál es la verdadera naturaleza del comunismo, a saber, el capitalismo en sus manifestaciones más extremistas. Mientras en la URSS se imponía a viva fuerza el taylorismo y sus derivaciones, en Occidente los partidos y sindicatos obreros resistían su aplicación, sin que ello les llevase a denunciar lo que al respecto se estaba haciendo en *“el país de la dictadura del proletariado”*. Tal es manifestación del culpable acriticismo con que se consideró todo lo que venía de Rusia, tenido por sustantivamente “revolucionario” y “proletario”...

El asunto de *“la organización científica del trabajo”*, presentada como determinante por los jefes del régimen soviético, indica que éste era una variante de dictadura burguesa/estatal, pues de haber sido, como se decía, *“el poder de la clase obrera”*, jamás habría admitido someterse a aquélla, un sistema de coacción, sumisión, degradación, despersonalización, robotización y tortura para el proletariado.

---

<sup>5</sup> Un estudio de este asunto en **“Frederick W. Taylor y la organización científica del trabajo. Taylorismo y trabajo en la Unión Soviética”**, contenido en **“Homo Faber. Historia intelectual del trabajo, 1675-1945”**, Fernando Díez Rodríguez.

El trabajo productivo fue utilizado por los bolcheviques con los mismos fines, aunque con más autoritarismo, que el resto de las clases explotadoras de la historia. Una de sus funciones de dominación es contribuir al embrutecimiento del trabajador, pues pocas actividades embotan tanto la mente y envilecen globalmente a la persona como el laborar incesante con fines productivos, de donde resulta sobredominación política y social. Por eso en una sociedad libre, popular, el tiempo de trabajo debe ser limitado, y la forma de realizarlo libre, no impuesta desde arriba sino autodecidida por los trabajadores. Los bolcheviques, al mismo tiempo que forzaban a los obreros a destinar todo su tiempo y energías a la producción, para “*construir el socialismo*” argüían, organizaron parodias burlescas como la de los “*sábados comunistas*”, ocurrencia de Lenin por lo que parece. Ese día de la semana los orondos jerarcas abandonaban sus despachos y marchaban a algunos centros de trabajo a realizar un simulacro de producción durante unas pocas horas, rodeados de una jauría feroz de soldados y policías que les protegían de los auténticos trabajadores.

Nada hay en eso de original: Mussolini, el ideólogo del fascismo, gustaba de fotografiarse hoz en mano y torso desnudo sobre un fondo de haces de cereal, para mostrar a sus atemorizados súbditos que él también era un “verdadero proletario”. Lenin escogió para ello un taller ferroviario... Tales mofas a los trabajadores se basan en la negación dolosa de una norma democrática axial, que las funciones gubernamentales no pueden ser remuneradas, que no han de existir ni político ni funcionarios profesionales, que todas las personas están obligadas a vivir de su trabajo. Si el pueblo ha de autogobernarse, las magistraturas políticas y administrativas tienen que ser conferidas por las asambleas populares, por un tiempo limitado (un año y no más), y quienes las desempeñen han de realizar sus funciones al mismo tiempo que continúan trabajando productivamente. Solo así puede existir un gobierno popular, por tanto una verdadera democracia. En la URSS los prebostes bolcheviques se cansaron pronto de los “*sábados comunistas*”, una vez que comprobaron que su efectividad propagandística era muy escasa, es decir, que no engañaban a nadie...

Al lado del capitalismo estatal siempre existió en la URSS, desde el principio, un potente, diverso y activo capitalismo privado, integrado sobre todo por los afiliados al partido comunista. Éstos poseían privadamente una parte no pequeña y, según fueron transcurriendo los años, creciente, de bienes, en especial suntuarios (joyas, divisas extranjeras, obras de arte, etc., y también negocio inmobiliario, etc.) a la vez que recursos productivos. La corrupción, universal en el partido, más allá de su significación jurídica, política y moral era, en tanto que acontecimiento económico, un procedimiento rutinario para expandir el capitalismo privado a costa del estatal, como sucede en todas partes. El sector empresarial particular debió superar al de Estado ya en los años 60, lo que se manifestó con la constitución de las célebres “mafias” de la

URSS, o consorcios capitalistas privados alegales (pero no ilegales) operando en todas las ramas de la producción y la comercialización, sin olvidar el sistema financiero. Los análisis doctrinarios de la historia de la Unión Soviética, aún numerosos, minimizan o niegan la existencia del capitalismo particular desde el primer momento de la “revolución” pero los estudios empíricos muestran su general presencia y enorme vigor.

Los marxistas rusos constituyeron un sistema económico entregado a, por un lado, la producción de armamento y, por otro, de bienes de lujo y disfrute para los poderhabientes y sus adláteres, con una tercera rama también de bastante peso, la de la propaganda y el adoctrinamiento (impresión, prensa, industria gráfica, radio, cine, etc.). El primer sector necesitaba de una desarrollada y variada industria pesada, así como de una activa producción de maquinaria, sin la cual no puede fabricarse el equipo militar moderno. En consecuencia, las necesidades populares eran menospreciadas, no sólo las de alimentos sino la de medios de vida básicos elaborados en la industria ligera (que recibía muy escasas inversiones) y la artesanía (que deseaban liquidar), lo que se agravó con las campañas institucionales en contra de la artesanía popular de autoabastecimiento, a la que los inicuos publicistas del sistema tildaron de “*actividad capitalista*” y “*residuo de un pasado tenebroso*”. Como consecuencia, escaseaba todo lo más básico, lo imprescindible para la vida de la gente común, aunque no el alcohol de ínfima calidad, el vodka barato y tóxico, que jamás se agotaba, con precios muy bajos. El recurso al alcoholismo de masas para el dominio mental, ideológico y político, de las masas es otra de las artimañas que el régimen “socialista” hereda del zarismo, quien llevaba siglos valiéndose de ella. Cambiaron los regímenes y los gobiernos, los calificativos y la retórica, pero lo esencial del orden clasista se mantuvo...

El sistema capitalista comunista, estatal-privado, tuvo una clase poderhabiente y neo-burguesa provista de una fabulosa capacidad para el derroche, en fiestas, comilonas y bacanales, en cacerías y viajes de placer, en residencias suntuosas (dachas), ramera, alcohol y viandas exquisitas (eso incluso cuando la población trabajadora pasaba hambre y se daban casos de canibalismo), en limusinas, automóviles de lujo, trenes principescos y aviones especiales, en verdaderos ejércitos de escoltas y guardaespaldas, en legiones compactas de criados, amas de llaves, domésticos, institutrices, lacayos, camareros y cocineros, todos al servicio de los crápulas comunistas. Estos confiscaron para sí los palacios y mansiones de la realeza y la aristocracia, empezando por el formidable conjunto del Kremlin, manifestando incluso en esto que eran sus herederos y continuadores, lo que no ocultaban, pues les agradaba referirse, con beata unción, a los tiempos del zar Iván el Terrible y la zarina Catalina la Grande.

El libro **“La corte del zar rojo”**, de Simon S. Montefiore, excelentemente documentado y por eso creíble, describe la vida privada de la elite estatal y empresarial bolchevique hasta mediados de los años 50, durante el periodo determinante, fundacional y de asentamiento, del régimen. Incluso en el título el autor enfatiza la continuidad entre el viejo zarismo, monárquico y clerical, y el nuevo zarismo, marxista y “revolucionario”. Una derivación de todo ello fue la aparición de una juventud dorada formada por los hijos de la oligarquía comunista, una gentuza violenta, alcohólica y todopoderosa, inútil para cualquier labor positiva, que intimidaba a la gente de la calle con sus chulerías y que poseía poder para perpetrar las maldades que le viniese en gana.

Aquél saca a la luz pública las francachelas de la nueva clase burguesa, con los jefes rematadamente borrachos en pantagruélicos banquetes y tragantonas, relata el enjambre de “bailarinas” (tal era el eufemismo para las meretrices al servicio de los jefes comunistas) que les rodeaban y muestra su uso habitual de toda la gama de bienes de lujo, vanidad y goce, que les eran proporcionados con ilimitada generosidad por el Estado “socialista”. Ciertamente, los jefes y amos comunistas llevaban una vida de cerdos, de la que se sentían orgullosos, asunto que proviene también de la ausencia de criterios morales, valores civilizatorios y exigencias axiológicas propias del marxismo, que en esto como en todo se adscribe a la cosmovisión burguesa, abiertamente amoral e inmoral, torpemente hedonista, epicúrea y placerista. Pocas elites mandantes de la historia han sido tan despilfarradoras y gozadoras, tan fruidoras, disolutas y fiesteras, como los comunistas rusos. En esto eran incluso peores que la aristocracia y gran burguesía zarista, como también lo fueron en el grado y nivel de la violencia estatal y la represión policial-militar de las clases trabajadoras.

Pero el libro de Montefiore confunde a sus lectores en una cuestión no menor, al reducir esa existencia de perpetua bacanal a la jefatura máxima del partido comunista. No era así, dado que en cada república soviética, población, ministerio, departamento, cuartel y unidad productiva los jefes locales hacían lo mismo que los prebostes del Kremlin, cada grupo a su nivel. El conjunto lo formaron, por tanto, cientos de miles de personas entregadas a goces porcinos extremadamente despilfarradores, costosísimos, que contribuían a deprimir aun más a la enteca economía soviética, sólo eficaz en la producción de armamento y productos de lujo, lo que pone en evidencia que todo régimen económico sirve a un orden político determinado, en este caso al militarismo bolchevique, clasista y elitista hasta lo superlativo.

Los crecidos gastos suntuarios y de francachela, unidos a los costes colosales del inflado aparato policial, sin olvidar lo destinado a propaganda, y sobre todo, el peso del descomunal poder militar, contribuyeron a que la economía soviética marchara siempre

malamente en lo referente a proporcionar a la población medios de vida básicos, e incluso la situación empeoró al final de la existencia de la URSS.

El régimen de tiranía y dictadura, total y sin limitaciones, impuesta por los comunistas rusos se ponía de manifiesto en todos los aspectos de la vida social. Por ejemplo, las mujeres que se negaban a los requerimientos libidinales de los caudillos bolcheviques solían ser acusadas de delitos políticos y encarceladas, cuando no raptadas y violadas, en algún caso asesinadas después. No contentos con la enorme tropa de las “bailarinas” los jerarcas acosaban sexualmente a muchas féminas, que a menudo cedían para sacar de la cárcel a sus familiares, o para evitar que fueran acusados y enviados a los campos de trabajo, si no fusilados o muertos en la fase, inevitable casi siempre, de las torturas. Pero no debe extraerse de esto conclusiones sexistas victimistas, pues existió un sector de mujeres bolcheviques que se significó en el ejercicio de la autocracia política y en el dominio privado de los medios de producción, y que se destacó en el uso de la violencia contra la gente común. Una expresión de ello fue Polia Nikolaenko, una fémina de Kiev que en los años 30 fue responsable de la muerte de 8.000 individuos, acusados de ser “*enemigos de clase*” y “*contrarrevolucionarios*”, la gran mayoría hombres. Hubo más mujeres asesinas.

Además de la violencia irrestricta, el régimen soviético se valió de la propaganda, omnipresente y desmedida. El partido era la “vanguardia”, que lo sabía todo, y el pueblo “las masas”, que lo desconocían todo, meros niños en cuerpos de adultos sólo buenos para ser “concienciados”, es decir, adoctrinados, para asentir y aplaudir. Según los comunistas no existe la sabiduría popular, el conocimiento experiencial de la gente común, envenenado aserto contenido en los textos de Marx y Engels y reafirmado en los de Lenin. Tampoco existía la verdad, en tanto que coincidencia entre lo expuesto y la cosa, pues era verdadero lo que era útil al poder constituido, falacia que se argumentaba con la sofistería sobre “*la verdad de clase*”, una chabacana manifestación de utilitarismo burgués y pragmatismo anglosajón. Así pues, todo era propaganda y aleccionamiento, emisión de mentiras, mofa de la verdad, negación de la libertad de conciencia, anulación de la actividad psíquica interior, privada e íntima, del individuo. Esto resulta también de que el leninismo carece de una concepción de la persona que vaya más allá de dividir a los individuos entre quienes pertenecen a “la clase obrera” en todo dirigida y subordinada, y los que forman “el partido de vanguardia de la clase obrera”, ontológicamente sabio e infalible, en todo dirigente y gobernante. Con ello estatuye una segmentación entre mandados y mandantes, dominados y dominantes, como se encuentra en muy pocos sistemas teóricos, por su crudeza, radicalidad y desparpajo.

Los jefes bolcheviques urdieron un buen número de artimañas y emblecos propagandísticos. Por ejemplo, Lenin, en el momento culminante de la crisis del Estado ruso, el verano de 1917, escribe un libro singular, **“El Estado y la revolución”**, que promete un sistema de autogobierno por asambleas obreras, campesinas, de soldados y populares, los soviets, con otras varias medidas de atractiva y saludable naturaleza, destinadas a realizar la participación de todos en la vida política y a garantizar las libertades a las clases trabajadoras. No podemos saber cuál era su intención al escribirlo, pues no hay fuentes sobre ello, pero sí estamos en condiciones de afirmar que Lenin, en él, dijo lo que jamás hizo. Es más, hizo lo contrario de lo que dijo. Pero es cierto que dijo lo que las gentes en rebelión y revolución querían escuchar, lo que impulsó a millones de personas a dar respaldo al partido comunista en un momento crítico para éste, cuando peleaba con otros partidos por el poder. Nos encontramos, por tanto, ante la bien conocida treta de los políticos profesionales, que prometen lo que luego no cumplen, de donde resulta el engaño de las gentes por un lado y el medro de ellos por otro.

Lo mismo se encuentra en el texto de la Constitución bolchevique de 1936, cuyo título es **“Constitución (Ley Fundamental) de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de 5 de Diciembre de 1936”**, uno de los más asombrosos ejemplos de desenfreno verbal, acumulación de embustes, promesas delirantes y política-ficción. Para empezar, cuando las diferencias clasistas, en la actividad productiva y en el consumo, se estaban haciendo escandalosamente visibles, dicho documento afirma que en la URSS ya no existen las clases sociales, ni hay división entre explotadores y explotados. Y en el tiempo en que el aparato policial afilaba sus cuchillas de matarife para hacer picadillo con una eficacia todavía mayor a cualquiera que no obedeciera al orden constituido, asevera que el país se había adentrado ya en un orden político y social comunista, lo que significa sin ente estatal, por tanto sin policía profesional... Y así en la gran diversidad de materias de que se ocupa ese desvergonzado panfleto.

En efecto, si su ejercicio de la violencia fue aterrador, no menos escalofriante fue la capacidad y maña de los comunistas rusos en urdir lucubraciones manipulativas y patrañas útiles para sí y su causa. En ellos la verdad era un disvalor y la mentira un valor... lo que provenía asimismo de su jactanciosa recusación de toda norma moral.

La aniquilación radical de la actividad anímica autónoma de la persona que llevó a efecto el régimen soviético fue aterradora, debido a su intensidad, duración y profundidad. Llegó tan lejos y tan a lo profundo que afectó concluyentemente a la economía, al dificultar o incluso impedir la existencia de suficiente mano de obra eficiente, debido a los desmedidos desarreglos anímicos y mutilaciones psíquicas que originaba en el individuo. La denominada *“etapa del estancamiento”* de la economía soviética, desde los años 60 hasta la liquidación del

régimen en 1991, tiene en ello una de sus causas principales, quizá la que más. La combinación de terror policiaco, ausencia integral de libertad/libertades, trabajo productivo asalariado incesante, apartamiento total de la vida política decisoria, alcoholización promovida desde el poder y aleccionamiento doctrinario constituyó un tipo de ser humano que, en efecto, no era apto para resistir a la dictadura bolchevique pero al mismo tiempo no era apto para nada, tampoco para la producción. Los comunistas rusos se propusieron construir el ser nada perfecto y completo, una criatura aberrante, aunque no tan aberrante, sin duda, como lo eran sus feroces demiurgos.

Una prueba añadida de que el régimen soviético era capitalista desde antes, o incluso mucho antes, de su suicidio en 1991 reside en su transición, fácil y rápida, a un tipo de capitalismo perfectamente reconocible con Gorbachov, el hoy existente, lo que llevó al desmantelamiento de las formas “socialistas”, que eran meramente locuacidad y maquillaje, o sea, simple teatralización. A la pregunta sobre desde cuándo la Unión Soviética practicaba el capitalismo se puede contestar que desde el principio, desde su constitución, por causa de sus fines últimos, ideología guía, procedimientos y enardecida estatolatría.

¿Logró, dicho régimen, resultados remarcables, a pesar de todo, en la industrialización y el desarrollo económico? La respuesta es que, muy posiblemente, no. Rusia, en su parte europea, había alcanzado, para 1914, un elevado desarrollo técnico, industrial y productivo bajo el zarismo, lo que luego fue ocultado o tergiversado por el régimen soviético. Sus cantilenas sobre el precedente “atraso” ruso en lo esencial no son creíbles y hoy han sido refutadas. Es muy probable que un sistema capitalista corriente, como el ruso anterior a 1917, hubiera logrado resultados bastante más sólidos, equilibrados, estables y duraderos que el bolchevismo en la actividad económica, y sin duda con unos costes humanos incomparablemente menores. Eso habría sido aún más cierto si el zarismo hubiera evolucionado hacia un régimen parlamentarista, republicano e incluso monárquico. Y podemos estar seguros que la agricultura, en ese caso, habría operado con mayor eficiencia, librando a la mayoría de la población de la escasez crónica de medios de subsistencia.

Una causa, entre otras, de ello es que el capitalismo de Estado, si supera un determinado porcentaje de dominio sobre la actividad económica, convierte al conjunto en más ineficiente. En cada país y cada coyuntura hay una mezcla determinada de capitalismo estatal y privado que proporciona los mejores resultados, y si no se implementa dicha combinación con sagacidad se llega a una situación peor, lo que sucedió en la URSS en el último cuarto de siglo de su existencia, cuando la economía se fue progresivamente desactivando, en lo que manifestó ser una crisis crónica progresiva por motivos al mismo

tiempo estructurales y superestructurales. Indudablemente, a los jefes de la URSS en su etapa final, no les quedaba otra posibilidad que desmontar y liquidar el régimen “socialista”, si no querían llegar a una situación tan absurda como insostenible, en la que los costes de producción fueran, cada vez en más empresas y ramas económicas, superiores a lo producido. El repunte de la escasez de alimentos en los años 80, a finales del experimento “socialista”, fue un severo aldabonazo, más aún por cuanto el país llegó a depender para alimentarse de las importaciones de trigo y otros cereales desde EEUU.

La escasez de productos básicos se hizo, en efecto, tan aguda en los años 80 que el gobierno comunista tuvo que reintroducir la cartilla de racionamiento. Así las cosas, en el XXVII congreso del Partido (convertido para esas fechas en una entidad marginal e inoperante), en 1986, se otorgó respaldo a la marcha institucional hacia el desmantelamiento del orden soviético, quedando oficialmente disuelta la URSS el 25 de diciembre de 1991.

El balance de conjunto es, así pues, ampliamente negativo para los marxistas rusos. La causa es que su lunático requerimiento de acelerar el proceso histórico saltando etapas generó contradicciones internas enormes y numerosas, que acarrearón costes ocultos tremendos, materiales pero sobre todo humanos, los cuales acabaron colapsando al sistema. El capitalismo tiene sus ritmos y sus tiempos, y no puede ser apresurado más allá de un punto, de manera que el proyecto de hiper-capitalismo exprés, super-rápido, propio del marxismo, en la experiencia soviética terminó en un fiasco, de la misma manera que una criatura que nace a los dos meses de ser concebida no es un bebé sino un feto proveniente de un aborto.

Un régimen socialista sin comillas no se propone como meta dominante elevar la producción y el consumo (menos en la forma de mega-consumo, suscitada por la literatura marxista) sino la emancipación integral del ser humano, de manera que no escoge la economía como actividad primordial, ni lo subordina todo -o lo más principal- a ella, aunque quiere organizar un sistema económico eficaz y estable. Esto último requiere de una suma de factores sociales y personales como la libertad personal y social razonables, la eliminación del régimen salarial con participación del trabajador en la dirección y gestión del quehacer productivo, el desenvolvimiento de una ética del trabajo, la instauración desde abajo de sistemas de apoyo mutuo y trabajo libre asociado, el uso eficiente de tecnologías no opresivas, el final de la hegemonía de las urbes sobre el agro, la liquidación de las actividades parasitarias e improductivas (comenzando por la extinción de la casta gobernante), la universalización del deber de trabajar, la reducción del consumo y la autoconstrucción de la persona.

¿Fueron los méritos y logros del régimen comunista lo que consiguió vencer a los nazis, en 1941-1945? El asunto es complejo, y

quizá no admita una respuesta completa y unívoca, pero se pueden señalar algunos elementos analíticos a considerar. Hitler, en Rusia, sobre todo se derrotó a sí mismo. Al no fijar una estrategia fundamentada, más allá del voluntarismo y el aventurerismo. Al aplicar en los territorios ocupados su mentecata política racial y colonialista, se privó del apoyo de ciertos sectores de la población en el Este, además de aferrarse a un modelo colonial para esa fecha ya periclitado a escala planetaria. Al no cambiar de estrategia, o al no formular analíticamente una por primera vez, cuando la embestida militar del año 1941 resultó fallida en sus objetivos cardinales. Al sostener una guerra en varios frentes al mismo tiempo, en el oeste, el este, África, el aire y el Atlántico, que Alemania no podía mantener. Al enfrentarse a una suma de potencias rivales que le superaban ampliamente en los parámetros económicos y demográficos básicos, sobre todo tras la incorporación de EEUU al bloque antialemán. Al desear conseguir todos sus objetivos de golpe, en un lapso de tiempo breve, en vez de hacerlo durante un periodo histórico, al menos un siglo. Si el nazismo hubiera actuado conforme a criterios estratégicos objetivos la URSS habría sido derrotada, o cuando menos habría conocido la pérdida estable de su parte europea. Así pues, los acontecimientos resultaron más del demérito del nazismo que del mérito del bolchevismo.

El partido comunista hizo de la población soviética la carne de cañón con que las potencias occidentales derrotaron al imperialismo alemán, en ese tiempo su principal rival en la lucha por la hegemonía mundial. Aquéllas entregaron enormes cantidades de suministros y armamento al gobierno de Moscú, y éste puso sobre el terreno montañas de cadáveres, unos 24 millones... Fue la Unión Soviética la que, más que nadie, realizó la hegemonía del imperialismo USA tras la II Guerra Mundial, todavía existente, de modo que Rusia fue el vencedor vencido. Y, ¿qué tiene todo eso de meritorio o admirable?

Otro quehacer desatinado de la URSS fue su política imperialista, una continuación de la implementada por el colonialismo zarista. En 1919-1920 lanzó la guerra de agresión del Estado soviético contra Polonia, para recuperar los territorios que el zarismo había ido arrebatando a aquel país, pero que con el desplome del régimen ruso desde 1915 pudieron retornar a ser polacos. En ella los nuevos zares soviéticos se propusieron tomar Varsovia, para humillar al pueblo polaco y arrebatarle una buena parte de su territorio nacional. Finalmente quedaron derrotados y tuvieron que retirarse, pero en este episodio, tan tempranero, mostraron su naturaleza. La formación en 1922 de la Unión de Repúblicas etiquetadas de socialistas y soviéticas, que en su momento máximo llegó a incorporar a 15 repúblicas, se configuró como la nueva expresión del viejo sistema zarista de dominio de los pueblos vecinos por las autoridades de Moscú. La URSS fue formalmente un Estado federal, y realmente el modo como Rusia sometía a las otras naciones y pueblos, rusificándolos. También en este asunto existió continuidad, antirrevolución y no revolución, por cuanto

con la crisis bélica del Estado ruso y el desplome del zarismo en febrero de 1917, tales pueblos habían alcanzado cierto nivel de libertad nacional y autodeterminación de hecho, lo que quedó eliminado por los comunistas a lo largo de la guerra civil y posteriormente. Lo hicieron con su doblez y maquiavelismo habituales, invocando el derecho de Autodeterminación al mismo tiempo que imponían el poder ruso, plasmado principalmente en el ejército rojo, a los pueblos no rusos.

A través de la Internacional Comunista (IC o Comintern), o agrupación de los partidos comunistas de todo el planeta, que celebró su I Congreso en 1919, la URSS se dotó de una briosa red de influencia en todo el planeta. Tras un periodo inicial en el cual todavía pudo ofrecer alguna cuestión de interés, como **“Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado”**, aprobada en dicho Congreso (y rápidamente olvidada por todos), se pasó a otro en que fue un apéndice, la IC y los partidos comunistas de cada país, de la política exterior de la nueva potencia imperial en ascenso, la Unión Soviética. Para eso prohibió la revolución en los países en los cuales aquella había forjado alianzas con las clases mandantes y propietarias, lo que constituyó el meollo de su política “anticolonialista”. De ese modo, los pueblos eran ignorados, y se les conminaba a que se unieran a sus propios opresores, presentados como “antiimperialistas”. Hasta hoy la izquierda heredera de la Internacional Comunista mantiene esa política, que hace de Estados criminales, oligarcas multimillonarios, clérigos islámicos fascistas, monarquías petroleras, políticos “indigenistas” verdugos de los pueblos indígenas, estadistas de manos tintas en sangre y similares unas gentes excelentes, y a sus países unas curiosas sociedades en las que no existen las clases ni la lucha de clases ni la opresión ni la explotación, por tanto, tampoco la necesidad de revolución...

El mejor balance histórico, con utilidad para el presente, de la Unión Soviética es la descripción de las causas que llevaron a los herederos de la nueva burguesía/nuevo Estado, constituido en 1917, a desmantelar el régimen “socialista” en 1991, pues en ellas se contiene lo más significativo de los verdaderos motivos de su ruina y bancarrota. Son, principalmente, catorce.

La economía había entrado desde finales de los años 70, como se ha dicho, en una fase de caída libre, con retorno a las cartillas de racionamiento y riesgo de hambruna, al depender de las importaciones de cereal desde su principal oponente, EEUU. Se daba, paralelamente aunque entrelazada con la anterior, una crisis sanitaria con descenso continuado de la esperanza de vida, causada por la pésima alimentación, el alcoholismo, la escalofriante contaminación medioambiental y la ausencia de inversiones en el sistema estatal de salud. La Unión Soviética estaba siendo derrotada, a veces políticamente pero otras en el campo de batalla, en las aventuras social-imperialistas en que se había embarcado, Etiopía, Angola, Indonesia,

Chile, Irán, Afganistán, Egipto, Polonia, etc., lo que además impedía que los cuantiosos gastos realizados en las neo-colonias fueran recuperados, de modo que estaba exhausta financieramente. El conflicto con China, además de ser una escabrosa querrela con otro país comunista que desacreditaba al bloque “proletario” y a su ideología, obligaba al Kremlin a mantener una alerta constante en la extensa frontera sureste, con costoso acantonamiento de tropas. El estancamiento de la productividad del trabajo, que en realidad era retroceso, y la agravación de los defectos y achaques inherentes a la economía soviética: mala calidad de lo producido, despilfarro de energía y materias primas, apatía del trabajador, escasez de innovaciones, gastos improductivos colosales, etc., estaban alcanzando grados insostenibles. La resistencia popular ascendía, no sólo con una cada vez más remarcable circulación de panfletos clandestinos sino también en la forma de huelgas obreras y luchas en la calle, lo que engendraba inquietud en las alturas del poder. La evidencia de que la Unión Soviética era una sociedad de clases, en que una minoría llevaba una existencia principesca mientras la gran mayoría vegetaba en la pobreza, la mostraba como un orden sustentado en la explotación del hombre por el hombre, lo cual se había convertido en tan innegable desde hacía décadas que la propaganda política no conseguía ya ningún efecto en la población y ocasionaba que el Estado y el gobierno carecieran de credibilidad. La explosión de la central nuclear de Chernóbil en 1986 mostró a la opinión mundial la obsolescencia y atraso de la tecnología soviética, con efectos perceptibles en las ventas de equipo industrial y técnico al exterior. El desmerecimiento de la ideología marxista era tan completo que su mantenimiento en el sistema educativo y en el poder mediático suscitaba la indignación de la población, que llegó a despreciarla y odiarla con furor, haciéndola no sólo inútil sino contraproducente para el adoctrinamiento cotidiano. El partido comunista existía sólo formalmente pues se había fragmentando en numerosos facciones y corrientes enfrentadas entre sí, cada una de ellas integrada en un grupo o grupos de poder económico, situación que le hacía prácticamente inútil para la acción política habitual, a lo que se sumaba su enorme desprestigio. Los partidos comunistas de los diversos países eran en esas fechas entes burocratizados, escasamente respetados y bastante anticuados, poco útiles para la política exterior de Moscú. Los pueblos no rusos de la Federación resistían cada vez con mayor fuerza y éxito la rusificación. Hacia 1980 ya era innegable que la URSS había sido derrotada en la guerra fría, por EEUU, y que debía realizar una retirada estratégica antes de que su situación se hiciera aún más calamitosa y comprometida. El ejército rojo emitía señales inquietantes de indisciplina, desorden y descomposición, lo que demandaba ganar unos años para proceder a su reorganización.

En esa situación el cambio en la forma de dominación, el paso del régimen totalitario soviético, fascista de izquierdas, a una versión más o menos verídica de parlamentarismo era imprescindible para recobrar, aunque sólo fuera parcialmente, la credibilidad del poder constituido y

relanzar la acción política gubernamental. Gorbachov fue el encargado de efectuar esa transición. Eso incluía recortar el capitalismo de Estado heredado, instaurando un sistema capitalista homologable, estatal/privado, con la proporción óptima de cada uno de sus componentes.

Que la Unión Soviética era un régimen capitalista/estatal desde 1917 y que los comunistas rusos fueron meramente un partido burgués de singular naturaleza se pone de manifiesto igualmente en su política expansionista e imperialista. La suya y la del resto de los países gobernados por partidos comunistas, en los cuales existía también una dictadura burguesa de nuevo tipo. Eso explica que en el año 1969 la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la República Popular China se enzarzaran en una fea guerra fronteriza, resuelta con numerosas bajas por ambos lados, durante la cual se cernió incluso la amenaza de un choque nuclear entre esas dos superpotencias. En 1979 la China Popular y la República Socialista de Vietnam llegaron igualmente a las manos, cuando el gobierno de Pekín atacó Vietnam por tres puntos fronterizos, lanzando 290.000 soldados a invadir este país. Hasta 1984 se mantuvieron las hostilidades, que al parecer fueron bastante sangrientas. Todo fue porque Vietnam “socialista” había atacado a Camboya, asimismo con un régimen marxista, unos meses antes, país subordinado a China por lazos de dependencia neo-colonial, cuyo partido comunista efectuó una de las peores matanzas del siglo XX, contra su propio pueblo, entre 1974 y 1979.

Si todos los países que realizaron “revoluciones” bajo la inspiración del marxismo y la dirección de partidos comunistas han construido regímenes neo-burgueses, tiránicos, corruptos, extremadamente clasistas, policíacos, militaristas, eso es la mejor prueba de que el marxismo y sus desarrollos posteriores son una variante de teoría, política e ideología burguesa, hoy obsoleta. Así pues, también lo es la revolución bolchevique de 1917, que inaugura la saga del hiper-capitalismo disfuncional, hoy obsoleto y fracasado. Ello es ya poco más que historia y pasado, incluso en lo que todavía sobrevive (Cuba, Venezuela, Corea del Norte, etc.), al no tener futuro.

Ese fracaso o es la antesala o puede serlo de un nuevo resurgir de la idea y la práctica revolucionaria.

### **Recuperar la noción y la experiencia de revolución**

La categoría de revolución exhorta a transformar cualitativamente lo existente. En sí misma no equivale a violencia sino a alteración o mudanza positiva, completa suficiente, del sistema establecido. Su meta está en realizar y plasmar los valores más fundamentales que poseen significación civilizatoria, la libertad, la soberanía popular, la autonomía de la persona, la verdad, la justicia, la igualdad razonable, la

centralidad de la conciencia individual, la emancipación de los pueblos oprimidos y la virtud cívica. La revolución ha de ser popular, no de un partido o agrupación; plural, no de una ideología o teoría; integral, al transformar el todo y no sólo la parte. Su base es conquistar la libertad por y para el pueblo, por y para cada persona, lo que significa que debe extinguir las estructuras de dominio, liberticidas, que concentran los recursos económicos en una minoría, la clase empresarial multinacional, y el poder político en otra minoría, organizada como Estado, porque donde existe Estado no hay soberanía popular, sólo soberanía estatal, vale decir, dictadura y tiranía. Y donde hay gran empresa no hay libertad civil.

Los valores aptos para orientar una revolución popular tienen que ser de carácter natural, atóxico, emergiendo de la experiencia vivencial básica del ser humano, solo y en sociedad, no de algún sistema teórico, alguna doctrina o algún credo. Así puede llegar a todos e incorporar a la acción revolucionaria a gentes de diversas formas de pensar y sentir, con la única condición de que se ubique en un primer lugar lo común a todos los humanos en tanto que seres de la naturaleza, atendiendo a su esencialidad concreta. Eso significa que una revolución popular tiene que ser en buena medida, prepolítica, efectuada desde lo más sustancial y básico de la condición humana, dejando a un lado doctrinas y teorías.

La revolución, como acontecimiento social que se dirige a transformar la vida colectiva, es sólo una parte del procesos emancipador, pues tiene que ser complementada con la mejora autodeseada y autorrealizada de la persona, del propio yo. No hay cambio de la sociedad sin cambio personal suficiente, ni viceversa, de modo que quienes lamentan la situación política y se comprometen a perfeccionarla deben, al mismo tiempo, hacerse un programa de autoconstrucción personal.

La revolución no es erigir una sociedad perfecta o realizar una utopía inventada por algún genio redentor sino crear un sistema de vida en común cualitativamente mejor que el existente, que sea al mismo tiempo mejorable, perfectible. Mejor significa superior pero no perfecta, pues toda sociedad, y toda realidad, existe con sus contradicciones y conflictos internos, con su lado positivo y su cara negativa, siendo por tanto bipartida y conflictiva, necesitada de nuevas transformaciones, que han de realizarse por medio de la inteligencia, el coraje, el espíritu de sacrificio, la sociabilidad, la capacidad de autocorregirse, el deseo de convivir y la voluntad de bien de las generaciones nuevas. La lucha nunca tendrá final y en ella se va elevando, auto-elevando, lo humano a cotas superiores de existencia y esencia concretas.

Así pues, la revolución rusa de 1917 ya no puede ser referencia ni guía, salvo de falsa revolución, de antirrevolución. Al copiar acríticamente la revolución francesa de 1789 se muestra como

realmente es, pues aquélla ha sido determinante para constituir el capitalismo actual, dato que muestra lo demagógico y artificial del anticapitalismo de los comunistas rusos. En verdad, la rusa fue una explosión de desarrollismo burgués y progresismo ilustrado fanatizado, de ramplona voluntad neo-empresarial de erigir una gran industria para hacer de Rusia una potencia planetaria militar y financiera<sup>6</sup>. Las transformaciones que realizó en nada importante se diferencian de las efectuadas, por ejemplo, por la revolución liberal española en el siglo XIX, que es un indigno calco peninsular de la revolución francesa, no menos totalitaria y cruel que ésta<sup>7</sup>.

Hoy, en la primera mitad del siglo XXI, es necesario que poner fin a la imitación, o incluso a la apreciación, de las revoluciones perniciosas con las que se ha ido constituyendo la sociedad actual a escala planetaria, primero la francesa, luego la rusa y después la miríada de la espurias y fallidas revoluciones elitistas que las continuaron (china, vietnamita, cubana, bolivariana, etc.), todas ellas creadoras de una nueva gran burguesía de áspera catadura, sin olvidar lo realizado en el bando republicano por los partidos obreristas en la guerra civil española<sup>8</sup>, hoy todo ello en bancarrota teórica y práctica.

---

<sup>6</sup> Este asunto queda tratado en “**El imperio fallido. La Unión soviética durante la Guerra Fría**”, Vladislav M. Zubok. El imperio soviético en Europa del este, resultante de la dudosa victoria de la Unión Soviética en 1945, es analizado en “**El telón de acero. La destrucción de Europa del Este, 1944-1956**”, Anne Applebaum. El desgaste económico y descrédito político que ocasionó al imperialismo soviético el control de esos territorios se fraguó en el alzamiento de los obreros de Berlín y otras ciudades alemanas contra el ejército rojo en 1953 y, sobre todo, en el levantamiento popular espontáneo del pueblo húngaro en 1956, aplastado con miles de muertos, sin olvidar la lucha permanente de Polonia, la resistencia en Checoslovaquia y los movimientos huelguísticos en Rumania, por citar los más importantes. Se hizo habitual que la clase obrera se enfrentase en la calle a los diversos “*Estados obreros*” del este europeo, lo que a veces iba acompañado de asaltos masivos a las sedes de los partidos comunistas, con quema de banderas rojas y bustos de Lenin arrojados por las ventanas. Así las cosas, la desvergonzada retórica obrerista oficial terminó por perder toda eficacia, ya en los años 60. Al mismo tiempo, la Unión Soviética después de la invasión de Checoslovaquia en 1968, era incapaz de mantener su ejército de ocupación, al no poder financiarlo. De ahí su retirada. Sin duda, el soviético fue un imperio fallido, aunque feroz y sanguinario. En esencia, fue la nueva versión del imperio ruso secular.

<sup>7</sup> Las pavorosas (por el número enorme de los ultimados y por la crueldad extrema con que fueron arrasados pueblos y aldeas) matanzas perpetrada en La Vendée por la revolución francesa, es decir, por el Estado republicano galo salido de aquélla, han sido negadas durante decenios pero ahora ya es un genocidio admitido por todos, incluido su perpetrador, el Estado francés republicano, pues no es posible seguir ocultándolo. Y no hizo carnicerías únicamente en La Vendée sino en docenas de territorios y lugares. La revolución rusa, ese calco sin imaginación ni distanciamiento ni creatividad de la francesa, se apoyó en La Vendée para realizar su propia represión del campesinado en Rusia, durante la “*colectivización de la agricultura*”, lo que fue preconizado por Lenin. Acerca del asunto citado, “**La guerre de Vendée**”, Alain Gérard. Una interpretación de conjunto de la así llamada revolución francesa como anti-revolución estatal dirigida en primer lugar contra las clases populares del campo y las ciudades está desarrollado en mi libro “**La democracia y el triunfo del Estado**”.

<sup>8</sup> En “**Investigación sobre la II república española, 1931-1936**”, estudio críticamente lo que de “revolucionario” tuvo el bando republicano bajo los gobiernos del Frente Popular allí donde fue derrotado el alzamiento franquista. La conclusión es la misma que al evaluar la experiencia de la Unión Soviética, que los partidos y sindicatos de la izquierda, todos ellos, se constituyen en nuevo aparato estatal y nueva burguesía contra las clases trabajadoras, a las que sometieron a explotación, marginaron de la vida política, oprimieron y reprimieron. El franquismo hizo eso mismo en los territorios que dominó, el izquierdismo republicano en los suyos.

Si fuera acertado el concepto de “*revolución burguesa*” la rusa de 1917 pertenecería a ese bloque. No lo es, porque quien realiza dichas “revoluciones” es el Estado, siendo la burguesía más consecuencia que causa de ellas. Al calificarse de “*proletaria*”, aquélla se estaba colocando una máscara para mejor atraerse la voluntad de las clases modestas. Al mirar hacia el pasado para extraer lecciones de la historia, conviene sustituir la reflexión sobre las falsas revoluciones, las citadas, por otras experiencias de transformación social e individual mucho más verdaderas y estimulantes, que no pueden ser copiadas en el siglo XXI, como es de sentido común, pero que sí deben inspirar, hasta cierto punto, el pensamiento emancipador. Tal es el caso de la revolución bagauda del siglo V, que está en el origen del régimen concejil, comunal y consuetudinario de la península Ibérica, analizada en mi trabajo “**El derecho consuetudinario en Navarra. De la revolución de la Alta Edad Media al Fuero general**”<sup>9</sup>. Conviene desalojar de la mente las experiencias fallidas, los acaecimientos pseudo-revolucionarios superlativamente estatistas con final desafortunado, para estudiar qué, por qué y cómo ha sido la lucha por la libertad en el pasado, de qué modo ha avanzado el proceso histórico, y qué nos enseña todo ello para aplicarlo a nuestro tiempo y condiciones.

El fundamento y elemento motor de la revolución popular tiene que ser el individuo, como tal y como ser social-sociable que convive con sus semejantes, no el Estado. Si se erige un ente estatal para, supuestamente, liquidar el capitalismo, se está manteniendo la causa número uno del capital, que en todas partes proviene en lo más fundamental del Estado. Que esta cuestión no fuera entendida por el marxismo muestra el lastimoso nivel teórico de Marx, Engels y sus continuadores, su exigua cultura histórica, insuficientes lecturas, mediocres saberes sobre economía y política y endeble capacidad reflexiva, todo ello tapado por un portentoso descaro para emitir y enunciar lo que estaba falto de rigor, sus teorías. La revolución bolchevique de 1917 vuelve a probar con nitidez que quien dice Estado dice capitalismo, lo que es una refutación del marxismo en su núcleo teórico y propositivo central. El “anticapitalismo” de Marx ha probado en la experiencia ser una forma peculiar de ideología, política y economía capitalista que, por ser tan extrema, se ha de ocultar y enmascarar para llegar a ser popular.

El marxismo toma lo nuclear de su sistema de ideas del de la Ilustración (que fue el movimiento elitista y pedante que formuló la ideología y política antipopular de las monarquías “absolutas” europeas, el antecedente inmediato en lo programático de los Estados liberales, agresivos y genocidas), el progresismo, la intelectualidad funcionarial y la burguesía. Apenas nada hay en él que no sea reelaboración de la cosmovisión forjada por los Estados europeos y la naciente clase burguesa desde el siglo XVIII.

---

<sup>9</sup> Está editado, junto con otras nueve ponencias, en “**Derecho Pirenaico/ Zuzenbide Piriniarra**”, Nabarralde Fundazioa, Iruñea/Pamplona.

Se enumerarán dieciséis elementos probatorios de tal asección: 1) la teoría del progreso que Marx convierte en una forma radical de fe determinista, mesiánica y mecanicista, 2) el economicismo, productivismo y desarrollismo, por sí mismos el corazón de la cosmovisión burguesa, 3) la estatolatría, con la convicción de que el Estado salva a los pueblos y la ocultación de que todo Estado crea inevitablemente capitalismo, 4) la sobrevaloración de la función que en la vida de las sociedades desempeñan la coerción y la violencia, 5) la ausencia de un sistema de ideas sobre la persona y el rechazo de la autonomía del individuo, concebido por el marxismo como instrumento del Estado, es más, como ente o cosa propiedad de éste, y como fuerza laboral, o mano de obra, pero no como ser humano, 6) el virulento repudio de la noción de libertad real y libertad para el pueblo, un rasgo aberrante del marxismo, 7) la amoralidad y el nihilismo axiológico, con derivación hacia uno de los lugares comunes de la ideología burguesa, el conjunto formado por el hedonismo, placerismo y felicismo, concebidos de un modo fisiologista y zoológico, agresivamente inespíritual, 8) el desdén por la categoría de verdad con adoctrinamiento de las masas y negación de la sabiduría popular, lo que se convierte en vanguardismo político e intelectual, la nueva manifestación del redentorismo ilustrado y burgués, que concibe al pueblo como plebe a “educar” y “concienciar”, o sea, a aculturar y adoctrinar, 9) el pedantismo y ardor teórico-doctrinario, sobre la base del cientifismo burgués decimonónico, del cual el marxismo es expresión acabada, un “ismo” entre otros, 10) la devoción contrarracional por la tecnología, paralela a su desestima de lo humano y del ser humano, 11) la fe en que la riqueza, la abundancia material, es el remedio a todos los males de la humanidad, idea tomada tal cual del más pedestre ideario de las clases burguesas, 12) la apología de la ciudad, de la urbe, destinada por Marx a dominar y expoliar a la ruralidad, para crear un depredador orden urbano que devasta la naturaleza y que a largo plazo resulta insostenible, 13) la falsificación de la historia, en un sentido hegeliano, como historia universal, que el marxismo cree comprender y dominar cuando en realidad desconoce casi todo de ella y la malinterpreta radicalmente, 14) la concepción de la revolución como una feroz pendeñencia por hacerse con el poder para sí y el propio partido, con las clases populares reducidas a coro y comparsa, lo que lleva a la estrategia de reorganizar a la sociedad desde arriba, desde el Estado, en vez desde abajo, desde el individuo y el pueblo, 15) la utilización del ansia de consumo y la ideología consumista, es decir, del ideal capitalista por excelencia, para sojuzgar ideológicamente a las masas, pues la utopía marxista se sintetiza en la idealización del bienestar material, siendo la glorificación más notoria en la contemporaneidad de la ideología del estómago, 16) el olvido de la categoría de virtud cívica, sin la cual no puede construirse un orden post-capitalista, con la advertencia que su efectividad demanda considerar al mismo nivel la noción de virtud personal.

El marxismo es el producto teórico de la intelectualidad burguesa y funcionarial, asalariada sobre todo del Estado, que emerge con fuerza en el siglo XVIII y se multiplica en las centurias siguientes con fines de dominación ideológica y mental, como parte del sistema de poder/poderes entonces en constitución en Occidente. Llegado a un punto de su desarrollo ese grupo, o casta, social pasa a exigir más capacidad de mandar para sí, en “alianza” con la clase obrera emergente, en realidad estableciendo con ella una rígida relación de sometimiento. Su función es sostener e impulsar al sistema capitalista en periodos de paz social, aunque solicitando como pago cada vez más poder y más recursos dinerarios. En tiempos de crisis social abierta, dicha casta intelectual, organizada en los partidos socialistas y luego comunistas desde la segunda mitad del siglo XIX, salta a la palestra con fuerza para rehacer el Estado en desintegración y recomponer el capitalismo en quiebra, en la forma de hiper-capitalismo, reprimiendo duramente a las gentes del pueblo (por lo general una minoría de él, su porción consciente, cívica y generosa) que, con más o menos lucidez y consecuencia, desean una verdadera revolución.

En definitiva, la teoría de Marx y sus epígonos, el marxismo, es uno más de los “ismos” elaborados por la burguesía en el siglo XIX, un ensañamiento peculiar del método abstracto, teórico, dogmático y doctrinario de razonar, que no tiene en cuenta ni los hechos ni la experiencia ni mucho menos la sabiduría de la gente común, y a cuyos productos presuntuosamente se califica de “ciencia” siendo ideología. La verdad es su víctima número uno. Por eso los seguidores del marxismo necesitan de la propaganda, es decir, del engaño y la mentira innumerables veces repetidas. Esto se debe asimismo a la radical imposibilidad de su proyecto, constituir un capitalismo perfecto, sin contradicciones, mega-eficaz, lo que se esconde con la emisión continuada de paparruchas y falsificaciones.

Por lo dicho, los partidos marxistas, explícitos o implícitos, existen de cuatro maneras. En épocas de paz social, aleccionan a las masas en las ventajas y pertinencia de la cosmovisión burguesa interpretada por ellos y contribuyen a que la estabilidad social se conserve. En los tiempos de alteración social no-revolucionaria se unen a las demás fuerzas del statu quo para impedir que la situación llegue a ser revolucionaria. Si a pesar de todo se da una revolución popular en desarrollo que ha llegado a provocar la desintegración del Estado y el capitalismo, se entregan a la tarea de rehacer el uno y el otro bajo nuevas formas. En el caso de que operen en países económicamente atrasados, reales o supuestos, levantan la bandera del desarrollo y la industrialización a toda costa, esto es, se hacen agentes de la burguesía y nueva burguesía en sí mismos.

El tercer supuesto, con añadidos notorios del cuarto, es lo que realiza en Rusia el partido comunista bolchevique, con Lenin, Stalin y Trotsky al frente. Tal no es nuevo en la historia pues tenemos unos

acontecimientos similares, al final de la Antigüedad, cuando es la Iglesia, constituida por el emperador Constantino en el concilio de Nicea y formada también por intelectuales provenientes de la clase patricia y aristocrática, quien apuntala e incluso sustituye al Estado romano allí donde éste desfallece, y reconstruye el poder terrateniente cuando las viejas familias señoriales son dispersadas por la crisis general del régimen romano y la creciente conflictividad social. Por eso los revolucionarios bagaudas del siglo V chocan con el nuevo poder eclesiástico/estatal y dan muerte en combate a algún obispo.

Volviendo al presente, es necesario comprender que quien constituye una teoría diferenciada, un sistema doctrinal singular, está creando con ello, por derivación necesaria, una agrupación, partido o ente organizado. Dicho ente tiende, a su vez, a convertirse en poder, en estructura de dominio, por tanto en Estado, cuando concurren las condiciones adecuadas, es decir, en las grandes crisis de la sociedad. De él, si lo logra, emerge una nueva forma de capitalismo. Así pues, la revolución popular tiene que ser sin teoréticas, sin estructuras organizadas estables y sin Estado, para poder extinguir y superar el capitalismo, emancipando al género humano de su dominación y tiranía.

Sobrecoge conocer que los bolcheviques rusos asesinaran a millones de personas para, simplemente, industrializar Rusia, lo que además ya estaba siendo realizado con alguna eficacia bajo el zarismo... Que ese obrar tenebroso se hiciera invocando al *“proletariado”*, a *“la alianza obrera y campesina”*, al *“socialismo y al comunismo”* y al *“marxismo-leninismo”* manifiesta su habilísimo manejo de la propaganda. Y el enorme apoyo y simpatía que consiguieron por todo el planeta lleva a tristes reflexiones sobre la credulidad y acriticismo de innumerables personas de buena fe.

A medida que el balance objetivo de las “revoluciones” perniciosas del pasado inmediato avance se irá perfilando la noción general y propuesta pormenorizada, programática, punto a punto, de un proyecto revolucionario para el siglo XXI, que por el momento está escasamente elaborado pero que puede ser desarrollado con eficacia y celeridad en los próximos años. A eso ayuda el carácter convulso de nuestro tiempo, cada vez menos apropiado para las viejas recetas reformadoras e institucionales. Así pues, la revolución rusa de 1917 deviene un ejemplo por lo negativo del que hay bastante que aprender, en lo que tiene que evitarse sobre todo y acerca de lo que por vuelco dialéctico ayuda a mejor percibir aquello que sí debe pensarse, proponerse y, cuando se den las condiciones objetivas, hacerse.

Si la ilusoria revolución rusa es ya cosa del pasado la necesaria revolución popular integral mundial lo es del futuro.

Octubre 2017